

Juventud, fuego y pólvora

Impresiones sobre el supuesto táctico que realizó el XLII Batallón, por
MANUEL SANZ BRUNET, soldado 1.^a de la 9.^a Compañía.

AGRUPACION MIXTA DE MONTAÑA n.º 11.— MANDO

Orden correspondiente al día D de Y de 1948 — En el día de mañana, las fuerzas del XLII Batallón realizarán un supuesto táctico en las inmediaciones de X. Las fuerzas se concentrarán a la hora H en la base de partida para desarrollar el mencionado ejercicio con fuego real de combate. Figueras, fecha, (había un sello y una firma ilegible).

LA diana de aquel día se tocó a las 3 de la madrugada y no habían transcurrido 30 minutos cuando emprendimos la marcha hacia el campo de operaciones. Anduvimos aproximadamente unos 4 km. entre la invisibilidad de una noche sin luna por la pedregosa y accidentada carretera, en la que no se oía más que el ruido de los herrajes de las botas y el graznar de algunos pajaracos nocturnos que, extrañados, pasaban revoloteando por encima de nosotros.

Cuando hacía cerca de tres horas que caminábamos y después de haber consumido una carga de la pipa, nos sorprendieron los primeros albores de la mañana, de una mañana fresca pero no fría. Al llegar al puente de San Lorenzo hicimos una breve parada, continuando luego hasta el punto designado por caminos de puro bosque. Sería alrededor de las ocho cuando nuestros oídos percibieron el férreo ruido de los mecanismos de las piezas de artillería, no tardando nuestros ávidos ojos en vislumbrar todo aquel ambiente de batalla con el ajetreo de los que allí estaban.

A una orden del Capitán, cruzamos valiéndonos de unas piedras, el río Muga. Llegados a la otra orilla y zigzagueando por la falda de la montaña, de altura algo considerable, llegábamos a sus mesetas. El camino era dificultoso y durante toda la ascensión anduvimos entre los árboles, no muy grandes pero espesos, sin ver más que sus toscas cortezas que resquebrajadas formaban una ruda estética. De vez en cuando nuestras claveteadas botas resbalaban en las escurridizas piedras haciéndonos perder fuerza y dificultando la subida. Mirando hacia atrás en lo agreste de

aquellos caminos, solamente se veía en un desnivel muy pronunciado las cabezas inclinadas de los que nos seguían, que, fatigados por lo costoso del camino y el peso del equipo y armamento, cada instante se les hacía más dificultoso, pero después de otro esfuerzo llegamos a lo alto de aquel estéril collado donde se notaba una temperatura fresca. Después de haber descansado holgadamente unos cuatro o cinco minutos, todos ocupamos el sitio designado para las operaciones. Los de ametralladoras hacían sus nidos y atrinchamientos, cortando ramajes con sus afilados machetes para camuflar mejor las máquinas; los de morteros los emplazaban, nivelándolos y calculando las distancias; los de transmisiones habíanse distribuido en los distintos puestos de Mando; la sección de fusileros granaderos se esparció por toda la ladera de la montaña, quedando yo en lo alto de una loma con la Bandera esperando órdenes para ocupar mi puesto al empezar el combate.

Aquella espera invitome a extender la mirada por todo el espacio que se veía. Por el Norte y en lejanía se perfilaba la sinuosidad gris azul de las montañas del Pirineo Oriental, contra el azul limpio del cielo. Por el Sur, el río burlaba los pedregales que parecían querer impedirle a toda costa su curso, pero el agua discurriendo con lentitud perdiase de vista tras un montículo. Hacia el Este y embellecida por la distancia estaba la Bahía de Rosas, resguardada de las violencias del mar por la estribación final de nuestro Pirineo, el Cabo de Creus, que se adentra en él con aire majestuoso; la Bahía iba recibiendo al agua, tranquila y apacible mente en el declive que forma la arena de la playa. El Oeste era el escenario de las operaciones.

Estaba extasiado en la contemplación de aquella natu-